

ticas; obra el bien sin ser bueno; y su misantropía atestigua que sería malo si pudiera. El dios proudhoniano muestra aquí un parentesco evidente con el *Fatum* de los antiguos. El fatalismo se descubre mas claramente todavía en estas palabras: «Llegados á la segunda estacion de nuestro calvario, en vez de entregarnos á contemplaciones estériles, lo que nos conviene es poner un oído cada vez mas atento á las enseñanzas del destino. La fianza de nuestra libertad está cabalmente en el progreso de nuestro suplicio.»

En pos del fatalista viene el ateo.— «¿Qué cosa es Dios? ¿En donde está? ¿En cuantos dioses se multiplica? ¿Qué es lo que quiere? ¿Hasta dónde alcanza su poder? ¿Qué promesas nos hace? Y ved aquí que, cuando para descubrir todas estas cosas, tomamos en la mano la antorcha de la análisis, luego al punto todas las divinidades del cielo, de la tierra y de los infiernos se nos convierten en un no sé qué incorpóreo, impasible, inmóvil, incomprendible, indefinible, y para decirlo todo de una vez, en una negacion de todos los atributos de la existencia. En efecto, ahora ponga el hombre detras de cada objeto un espíritu ó genio especial, ahora conciba el universo como gobernado por un poder único; en cualquiera de estas suposiciones no hace otra cosa sino afirmar la hipótesis de una entidad incondicional, es decir, imposible, para sacar de ella una explicacion medianamente satisfactoria de los fenómenos que no puede concebir de otra manera. ¡Misterio altísimo y profundísimo! Para hacer cada vez mas racional el objeto de su idolatría, el creyente le va despojando sucesivamente de todo lo que podria constituir su realidad; y despues de esfuerzos prodigiosos de lógica y de ingenio, venimos á parar en que los atributos del sér por excelencia van á confundirse y á identificarse con los de la nada. Esta evolucion es fatal é inevitable. El ateísmo está en el fondo de toda theodicea.» (*Système des contradictions*: Prologue.)

Una vez llegado á esta conclusion suprema y á este abismo tenebroso, no parece sino que las furias entran en posesion del ateo. Las blasfemias hinchan su corazon, oprimen su garganta, queman sus labios, y cuando intenta levantarlas en pirámide, poniendo-

las unas sobre otras, hasta el trono de Dios, vé con asombro que vencidas de su peso específico, en vez de subir con ligerísimas alas, caen pesadas y groseras en el abismo, que es su centro. Su lengua no encuentra palabras que no sean sarcásticas ó desdeñosas, ni vocablos que no sean torpes ó iracundos, ni arranques que no sean frenéticos. Su estilo es á un tiempo mismo impetuoso y sucio, elocuente sin aliño, y cínicamente grosero. Aquí exclama: «¿De qué sirve adorar este fantasma de Divinidad? ¿Y qué es lo que exige de nosotros por medio de esta comparsa de inspirados que nos persiguen en todas partes con sus sermones?» (*Système des contradictions*, c. 3.) Y mas allá deja caer estos vocablos cínicos: «En cuanto á Dios, yo no le conozco. Dios tambien no es otra cosa sino puro misticismo. Si quereis que os escuche, comenzad por suprimir es a palabra en vuestros discursos; porque por una experiencia de tres mil años he llegado á convencerme, de que todo el que me habla de Dios, quiere robarme la libertad ó la bolsa. ¿Cuanto me debes? ¿Cuanto te debo? Ved ahí mi religion y mi Dios.» (*Id.*, c. 6.) Llegado al paraismo de la rabia, prorumpe, en el capítulo 8, en las palabras siguientes: «Esto digo: el primer deber del hombre inteligente y libre es arrojar inmediatamente la idea de Dios de su espíritu y de su conciencia; porque Dios, si existe, es esencialmente hostile á nuestra naturaleza, y no dependemos de él para nada..... ¿Con qué derecho me diria Dios todavía: sé santo como yo soy santo? ¡Espíritu engañador! le responderia yo, ¡Dios imbécil! tu reinado ha acabado ya: busca otras victimas entre los animales brutos. Yo sé que ni soy ni puedo llegar á ser santo jamas; y en cuanto á tí, ¿cómo lo has de ser tú, si tú y yo nos parecemos? Padre eterno, Júpiter ó Jehová, como quiera que te llames, sabe de mí que ya te conocemos. Eres, fuiste y serás perpétuamente el rival de Adan, el tirano de Prometeo.» (c. 8.) Y mas adelante en el mismo capítulo, apostrofando á la Divinidad que niega, la dice: «Triunfabas, y nadie se atrevia á contradecirte, cuando despues de haber atormentado en su cuerpo y en su alma al justo Job, figura de nuestra humanidad, insultaste

»su piedad cándida y su ignorancia discreta y respetuosa. Todos
»éramos como si fuéramos nada en presencia de tu magestad invi-
»sible, á quien dábamos el cielo por dosel y la tierra por peana. Los
»tiempos son ya otros : héte ahí quebrantado y destronado. Tu
»nombre, en otro tiempo compendio y suma de toda sabiduría,
»única sancion del juez, sola fuerza del príncipe, esperanza del
»pobre, refugio del pecador arrepentido; ese nombre comunica-
»ble, entregado ya á la execracion y al desprecio, será, desde
»hoy mas, vilipendiado de las gentes. Dios no es otra cosa sino
»tontería y miedo, hipocresía y engaño, tiranía y miseria. Dios es
»el mal. Mientras que la humanidad se incline ante un altar, esclava
»de los reyes y de los sacerdotes, será reprobada; mientras
»que un solo hombre reciba en nombre de Dios el juramento de
»otro hombre, la sociedad estará fundada en el perjurio, y la paz
»y el amor serán desterrados de la tierra. Retírate, Jehová; por-
»qué de hoy mas, curado del temor de Dios y habiendo alcanzado
»la verdadera sabiduría, estoy pronto á jurar, con la mano le-
»vantada hácia el cielo, que no eres sino el verdugo de mi ra-
»zon y el espectro de mi conciencia.»

Él es el que lo ha dicho: Dios es el espectro de su conciencia; ninguno puede negar á Dios sin condenarse á sí propio; ninguno puede huir de Dios sin huir de sí mismo. Ese desventurado, sin salir de la tierra, está ya en el infierno; esas contracciones musculares, violentas é impotentes ese frenesí cínico, esa rabia insensata, esas iras arrebatadas y tempestuosas son ya las contracciones, y el frenesí, y la rabia y las iras de los réprobos. Sin caridad y sin fé ha perdido hasta el último bien del hombre: ¡la esperanza! Y sin embargo, alguna vez, al hablar del Catolicismo, siente en sí, sin saberlo, su influencia serena y santificante; entonces sucede que cesa como por encanto su martirio: una brisa mansa y refrigerante venida del cielo toca su rostro, enjuga su sudor y suspende el acceso de sus convulsiones epilépticas. Entonces deja caer blandamente estas palabras. — «¡Ah, cuánto mas prudente se ha
»mostrado el Catolicismo, y cuánta ventaja os ha sacado á todos,
»sansimonianos, republicanos, universitarios, economistas, en el

»conocimiento de la sociedad y del hombre! El sacerdote sabe que
»nuestra vida no es sino una peregrinación, y que toda perfeccion
»cumplida nos es negada en este mundo; y porque sabe esto, se
»contenta con preludiar en la tierra una educacion que solo puede
»acabarse en el cielo. Por su parte, el hombre que ha ido crecien-
»do bajo los auspicios de la Religion, satisfecho con saber, hacer
»y obtener lo que basta para la vida del tiempo, no será nunca un
»obstáculo para las potestades de la tierra: antes preferiria él el
»martirio. ¡Oh Religion amada! ¿Por cuál extravio inconcebible
»de razon sucede que los que mas te necesitan, esos son cabal-
»mente los que mas te desconocen?»

Antes hablé, como de corrida, de la fama de consecuente de M. Proudhon; ahora me parece nõ solo conveniente, sino tambien necesario, decir algo mas sobre asunto que es mucho mas grave y mucho mas trascendental de lo que á primera vista parece. Lo de la fama es un hecho público y notorio, y por lo mismo evidente. Y sin embargo, ese hecho es de todo punto inexplicable, si se considera que Mr. Proudhon ha adoptado, unos despues de otros, todos los sistemas relativos á la Divinidad, y que entre los socialistas no hay ninguno tan lleno de contradicciones: de donde resulta que la fama de consecuente es un hecho contradictorio del hecho que la motiva. ¿Por qué caminos subterráneos, por qué encadenamiento de deducciones sutiles y escabrosas, partiendo del hecho notorio de las contradicciones proudhonianas ha ido el mundo á parar á llamar á esas contradicciones cabalmente con el nombre que las contradice, es decir, con el nombre de consecuencia? Aquí hay un gran problema que debe ser resuelto, y un gran misterio que debe ser esclarecido.

La solucion de ese problema y el esclarecimiento de ese misterio están en que en las teorías de M. Proudhon hay á un tiempo mismo contradiccion y consecuencia: la segunda real, y la primera aparente. Si se examinan unos despues de otros los fragmentos que acabo de transcribir, y si se les considera en sí mismos sin poner la vista mas alta, cada uno de ellos es la contradiccion del que antecede y del que le sigue, y todos ellos son entre sí contradicto-

rios; pero si se ponen los ojos en la teoría racionalista, en donde todas las demas tienen su origen, se echa de ver que el racionalismo, entre todos los pecados el mas semejante al pecado original, es como él un error actual, y todos los errores en potencia; y por consiguiente, que con su anchísima unidad comprende y abarca todos los errores, á los cuales no obsta, para estar unidos en él, el ser entre sí contradictorios; como quiera que hasta las contradicciones son susceptibles de cierta manera de paz y de cierta manera de union, cuando hay una suprema contradiccion que las envuelve á todas. En el caso en cuestion el racionalismo es esa contradiccion que resuelve todas las otras contradicciones en su unidad suprema. En efecto, el racionalismo es á un tiempo mismo, deísmo, panteísmo, humanismo, maniqueísmo, fatalismo, escepticismo, ateísmo; y entre los racionalistas el mas racionalista y el mas consecuente de todos es aquel que es á un mismo tiempo deísta, panteísta, humanista, maniqueo, fatalista, escéptico y ateo.

Estas consideraciones que sirven para explicar los dos hechos de que hicimos mérito arriba, en apariencia contradictorios, explican tambien satisfactoriamente, por qué en vez de exponer uno por uno los varios sistemas acerca de la Divinidad, de los doctores socialistas, hemos preferido considerarlos todos en los escritos de M. Proudhon, en donde pueden verse á un tiempo mismo en su variedad y en su conjunto.

Visto lo que los socialistas piensan de la Divinidad, nos falta ver lo que piensan del hombre, y de qué manera resuelven el temeroso problema del mal y del bien, considerado en general, que es el asunto de este libro.

CAPÍTULO X.

CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO : CONCLUSION DE ESTE LIBRO.

NINGUN hombre ha habido tan insensato que se haya atrevido á negar el bien ó el mal y su coexistencia en la historia. Los filósofos disputan sobre el modo y forma en que existen y coexisten; todos empero afirman á una voz su existencia y su coexistencia como una cosa averiguada; todos convienen igualmente en que en la contienda suscitada entre el bien y el mal, el primero ha de alcanzar sobre el segundo una victoria definitiva. Dejando estos puntos como inconcusos y asentados, en todo lo demas hay diversidad de pareceres, contradiccion de sistemas, y contiendas inacabables.

La escuela liberal tiene por cierto que no hay otro mal sino el que está en las instituciones políticas que hemos heredado de los tiempos, y que el supremo bien consiste en echar por el suelo